

AUGE Y DECADENCIA DE LA FÁBRICA DE HILADOS Y TEJIDOS DE ALGODÓN LA INDUSTRIAL, 1935-1999

Nicolás Cuví*

Flacso-Ecuador/Museo Interactivo de Ciencia

RESUMEN

Este artículo presenta una aproximación general al mundo obrero de Quito, tomando como estudio de caso una de las fábricas de textiles e hilados de la ciudad, entre los años treinta y noventa del siglo XX. El autor presenta, en primer lugar, una descripción sobre la industria en la ciudad, para centrar, luego, su atención en la Fábrica La Industrial, su producción textil, ambiente de trabajo y dinámicas internas, la vida de los obreros, su organización sindical y relaciones con los propietarios de la fábrica. Las fuentes que alimentan el análisis son documentación proveniente de los acervos administrativos de la fábrica, litigios, notas de prensa relacionadas con las protestas y movilizaciones sociales de los trabajadores en reivindicación de sus demandas salariales y laborales, así como testimonios de exobreros de La Industrial. PALABRAS CLAVE: Quito, siglo XX, fábricas, sindicalismo, industria textil, testimonio, trabajadores, relaciones laborales, organización gremial, modernización.

ABSTRACT

This article presents a general approach to the world of labor in Quito, taking as a case study the textile and yarn factories in the city from the 1930s to late 1990s. The author presents, first, a description of the industry in the city then focuses his attention on the Factory, The Industrial, its textile production, working environment, internal dynamics, the life of the workers, their union and their relations with the factory owners. The sources that feed the analysis are from the collections of the factory administration, litigation, press releases related to protests and social mobilization of workers asserting their wage and labor demands, as well as testimonies of former workers of The Industrial.

KEYWORDS: Quito, the twentieth century, factories, trade unions, textile industry, testimony, workers, labor relations, union organization, modernization.

* Agradezco el apoyo de Carlos Jarrín Machuca durante la recopilación de fuentes y la realización de entrevistas, y a Jean Françoise Bélisle, por el envío de sus textos inéditos.

INTRODUCCIÓN

La historia de la industria textil quiteña durante el siglo XX ha sido enfocada, sobre todo, en relación con su protagonismo en el nacimiento y auge de las luchas obreras, y en relación con el panorama económico nacional. Tales enfoques responden, por un lado, a que los obreros textiles conformaron el primer gran proletariado industrial de la ciudad, crearon los primeros sindicatos y protagonizaron huelgas industriales y una intensa lucha por sus derechos, transformando las relaciones en el ámbito productivo. Y por el otro lado, a que la industria textil ha sido un motor económico de la ciudad, desde la Colonia hasta el siglo XX.¹

No es mi objetivo en este artículo discutir estos temas que ya han sido bastante visitados, sino, más bien, aportar con un estudio de caso sobre la Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón La Industrial, que funcionó entre 1935 y 1999 en el barrio de Chimbacalle, y que desde el año 2007 alberga las instalaciones del Museo Interactivo de Ciencia. En vez de detenerme en indicadores económicos de la industria textil, o en un profundo análisis del contexto social y político en el cual ocurrían las actividades de esta fábrica, en las siguientes páginas he privilegiado la información relacionada directamente con la industria, su ambiente laboral, la cultura obrera al interior de la fábrica, las relaciones sociales y laborales entre obreros y con los patrones, el perfil del patrón capitalista (con sus tendencias monopólicas y sus intentos de conseguir la integración vertical), y el papel de la tecnología para el éxito o

1. En relación con este tema véase, entre otros: CEDIME, "La producción textil en el Ecuador", en *Trabajo y Sociedad* (número monográfico), No. 1, agosto de 1984, pp. 1-32; Jean François Bélisle, "Historia de la producción textil desde la Colonia hasta 1895" (inédito), 1984, basado en artículo del mismo autor, "Apropiémonos de nuestra historia", en *Cuadernos de Educación*, Quito, Centro de Documentación e Información de los Movimientos Sociales del Ecuador (CEDIME), s.a.; "Las nuevas tendencias de industrialización y sus repercusiones en una situación concreta: el caso de la industria textil", en *Cuadernos de la Realidad Económica*, vol. 2, 1987, pp. 79-114; "La industria textil ecuatoriana: fases de crecimiento y origen de los empresarios" (inédito), Simposio Internacional de Historia Económica, Buenos Aires, 26-29 de octubre de 1987; Guillermo Bustos, "Notas sobre economía y sociedad en Quito y la Sierra centro-norte durante las primeras décadas del siglo XX", en *Quitumbe*, No. 7, 1990, pp. 101-117; Milton Luna, "Las trampas históricas de la industria ecuatoriana 1900-1930. Su frustrada constitución como clase", en Jorge Núñez Sánchez, edit., *Historia económica de América Latina*, Quito, Editora Nacional, 1992; Juan Pablo Pérez Sáinz, *Entre la fábrica y la ciudad*, Quito, El Conejo, 1986; Raúl U. Barahona Erazo, "La organización productiva y dominación, en la industria textil de la provincia de Pichincha", tesis, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Quito, 1983. Hay otros trabajos puntuales sobre la industria textil, en especial de la Facultad de Economía de la Universidad Central del Ecuador.

fracaso de la empresa, haciendo un recorrido por diferentes fuentes del siglo XX, con énfasis hasta la década de 1960. De esta manera, el artículo es más una contribución al conocimiento que al debate, hacia lo particular que al gran panorama; es la exposición de un caso (de los que conocemos pocos)² para entender la historia industrial de la ciudad e ir cubriendo vacíos en la historiografía.

La investigación tuvo como primer objetivo elaborar una propuesta museológica para la exposición “Museo de Sitio” del Museo Interactivo de Ciencia, pero luego consideré que la información era lo suficientemente valiosa como para divulgarla también en el ámbito académico. El artículo está basado en algunas fuentes primarias inéditas (ciertos documentos encontrados en las instalaciones de la fábrica), así como en entrevistas a exobreros. También se consultaron documentos que datan desde la década de 1930 y fuentes secundarias construidas por historiadores e historiadoras de la ciudad.

El artículo está dividido en dos partes. En una breve primera parte consta información general sobre la industria textil quiteña en el siglo XX (he obviado información de la actividad textil quiteña en momentos anteriores, como la Colonia o el siglo XIX),³ mientras que en la segunda parte abordo el ambiente laboral, los oficios, la vida de los obreros, el sindicalismo, el talante empresarial del patrono, los asuntos tecnológicos, y la dinámica empresarial de la Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón La Industrial.

LA INDUSTRIA TEXTIL QUITENA EN EL SIGLO XX

El siglo XX testificó un renovado auge en la producción textil quiteña, que había sufrido un permanente declive desde el siglo XVIII. A esta renovación contribuyó en buena medida la llegada del ferrocarril a Quito en 1908, que coincidió con el comienzo de un período de modernización de la industria en la ciudad. También influyeron las dos guerras mundiales, la recesión económica mundial y la crisis del cacao, que limitaron las importaciones y expandieron el mercado interno para los productores nacionales. Por ejemplo,

2. Investigué un caso parecido en relación con la industria molinera quiteña más importante de la primera mitad del siglo XX: Nicolás Cuví, “Los molinos del Censo”, en Eduardo Kingman y Nicolás Cuví, *El molino y los panaderos. Cultura popular e historia industrial de Quito*, Quito, Fonsal, 2009.

3. Ver, por ejemplo, Christiana Borchart de Moreno, *La Audiencia de Quito. Aspectos económicos y sociales (siglos XVI-XVIII)*, Quito, Banco Central del Ecuador (BCE)/Abya-Yala, Quito, 1998; Robson Brines Tyrer, *Historia demográfica y económica de la Audiencia de Quito*, Quito, BCE, 1988; Rocío Rueda Novoa, *El obraje de San Joseph de Peguchí*, Quito, Taller de Estudios Históricos/Abya-Yala; entre otros.

entre 1911 y 1919 las importaciones de tejidos de lana y algodón cayeron de 60 mil a 22 mil quintales, aproximadamente, lo cual expandió las oportunidades de los productores nacionales para proveer al mercado interno. Se crearon nuevas empresas que poco o nada tenían que ver con los obrajes y hacia 1920 la industria textil empleaba a casi 3 mil personas.⁴ Si bien al principio este renovado auge de la producción textil pudo tratarse de una reactivación de la manufactura más tradicional, articulada en torno a la hacienda (como en Otavalo o el valle de los Chillos), durante la década de 1910 se observa una conversión hacia un modelo más empresarial, “con innovaciones técnicas, un aporte financiero de bancos o comerciantes y expansión hacia nuevas zonas como Chimborazo”.⁵ Los hacendados serranos, más que los costeños, comenzaron a invertir sus beneficios en el comercio y las industrias,⁶ aunque también hubo una entrada importante de capitales extranjeros, provenientes de inmigrantes, algunos radicados en la Costa, que transfirieron capitales a la Sierra cuando el modelo agroexportador comenzó a fallar.

La expansión de la industria textil ocurrió desde Ibarra hasta Cuenca y coincidió con el crecimiento de las capitales provinciales serranas; las fábricas de estas ciudades, bien articuladas gracias al ferrocarril, llegaron a representar el 90% de las industrias textiles del país en 1930.⁷ El auge fue mayor en la Sierra norte, cuya producción, además, fue en gran medida para la exportación (en la década de 1920 se pasó de exportar 200 mil suces a un millón de suces, especialmente hacia Colombia, país que luego tomó medidas proteccionistas), aunque también para abastecer a un creciente mercado interno.⁸

4. Excepto donde se indique, la información de esta primera parte está basada en los documentos de Jean François Bélisle: “Historia de la producción textil”; “Las nuevas tendencias de industrialización”; y “La industria textil ecuatoriana”.

5. Yves Saint-Geours, “La Sierra centro y norte (1830-1925)”, en Juan Maiguashca, edit., *Historia y región en el Ecuador. 1830-1930*, Quito, Corporación Editora Nacional/ Flacso-Ecuador/York University-CERLAC/IFEA, 1994, p. 182.

6. Yves Saint-Geours, “Orígenes de la industria en el Ecuador. 1860-1914”, en *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, No. 9, 1994, pp. 139-153.

7. Jean-Paul Deler, “Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930”, en Juan Maiguashca, edit., *Historia y región en el Ecuador. 1830-1930*, pp. 343-346.

8. Gerardo Fuentealba, “Sobre la producción textil o manufacturera en distintos contextos históricos de la formación social ecuatoriana y en particular de su forma artesanal”, tesis de Licenciatura, Departamento de Antropología, Quito, Universidad Católica del Ecuador, p. 139, citado en Juan Maiguashca y Liisa North, “Orígenes y significado del velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972”, en Rafael Quintero, edit., *La cuestión regional y el poder*, Quito, Corporación Editora Nacional/Flacso-Ecuador/York University-CERLAC, 1991, p. 97.



Foto 1. Fábrica La Industrial, maquinaria de la sección Cardas, en Archivo Histórico del Guayas.

Entre 1920 y 1940 ocurrió la mayor expansión: se fundaron decenas de nuevas empresas, muchas como sociedades anónimas (cuadro 1 y gráfico 1) cuyos dueños ya pueden ser considerados “empresarios”, diferentes de los dueños de obrasjes. También hubo apoyo estatal para las empresas y para la producción de algodón en la Costa: de hecho, si bien en el Ecuador no se consolidó la industrialización como en otras naciones latinoamericanas, el sector textil fue una excepción. Un caso representativo fue la fábrica La Internacional, que empezó como Sociedad de Crédito en 1921 y cuyos socios, un año después, decidieron invertir en producción de tejidos; su gerente Luis Napoleón Dillon viajó a Europa para importar maquinaria que llegó a Quito a comienzos de 1923. La Internacional adquirió un terreno en Chimbacalle, cerca de la estación de tren, donde se edificaron instalaciones fabriles con el mismo estilo arquitectónico que se usaría luego para construir La Industrial. En las instalaciones de La Internacional fue además donde se incubó, en los siguientes años, la primera organización sindical de la emergente clase obrera industrial de la ciudad.⁹

9. Para mayor información sobre La Internacional, véase Francisco Vásconez Espinosa, “Importancia de la industria textil para la economía ecuatoriana y estudio de algunos principios de organización de la fábrica La Internacional” (inédito), tesis para la obtención del título de licenciado en Ciencias Económicas, Universidad Central del Ecuador, Quito, 1971.

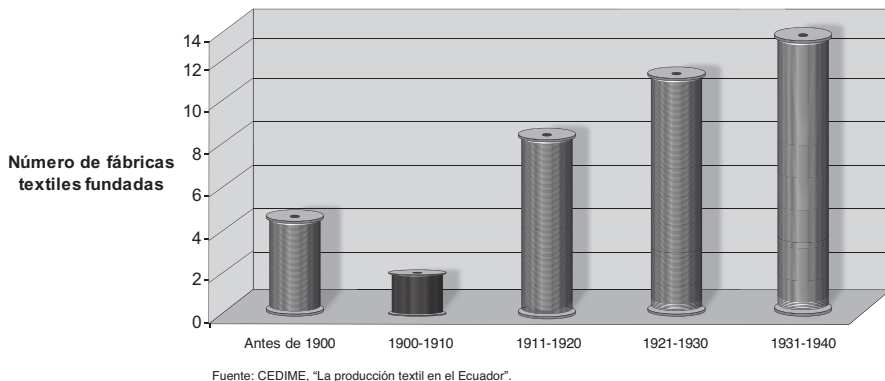
Cuadro 1. Principales fábricas textiles del Ecuador fundadas de 1840 a 1937

Fábrica	Localidad	Año de fundación	Propietario
San Francisco	Amaguaña	1840	J. Jijón y Caamaño
La Victoria	Quito	1845	Nicanor Palacios
San Jacinto	Amaguaña	1900	J. Jijón y Caamaño
San Pedro	Otavalo		Alfonso Pérez P.
La Joya	Otavalo	1914	Alarcón Hnos.
San Juan-Chillo	Sangolquí	1916	
El Prado	Riobamba	1917	Carlos Cordovez
La Bretaña	Quito	1919	Fernando Pérez P.
El Peral	Ambato	1919	J. Jijón y Caamaño
La Inca	Tambillo	1919	
La Industrial Algodonera	Ambato	1920	Sociedad Anónima
La América	Quito	1921	Daniel Hidalgo
Imbabura	Atuntaqui	1924	Sociedad Anónima
La Internacional	Quito	1924	Sociedad Anónima
La Dolorosa del Colegio	Amaguaña	1924	J. Jijón y Caamaño
San Miguel	Otavalo	1925	Pinto Hnos.
Luz de América	Quito	1927	Abusaid Dassum
La Florida	Ambato	1928	Camilo Haffar
Fábrica Hilados	Riobamba	1928	J. Elías Castillo
Textil Arnaya	Cuenca	1928	Viver & Co.
La Sultana	Ambato	1930	Álvarez Hnos.
La Industrial de Medias	Quito	1934	Ramadan & Co.
La Industrial	Quito	1935	Sociedad Anónima
Inca Sedalana	Guayaquil	1935	Kauffman Hnos
Sedería La Unión	Quito	1936	Manuel Tobar Angulo
Perla del Pacífico	Quito	1936	Abusaid Dassum
Única	Quito	1936	Sociedad Industrias Textiles
Pasamanería	Cuenca	1936	Carlos Tossi
La Textil	Quito	1936	Slaviero Hnos.
La Sirena	Ambato	1936	H. Ortiz
Seda Europea	Ambato	1937	José Reinsburg
La Elegancia	Ambato	1937	Domingo Romano

Fuente: José Luis González A., "Breves notas sobre la industria textil en el Ecuador", en *Boletín del Ministerio de Previsión Social, Trabajo, Agricultura e Industrias*, No. 4, mayo de 1937, pp. 37-45.

Conforme avanzaba el siglo, las fábricas textiles tendieron a una mayor mecanización, dejando atrás la forma de producción de los obreros en cuanto a tecnología. Sin embargo, se continuó aprovechando la abundante mano de obra para algunas tareas. Las empresas se dedicaron con más intensidad a la transformación del algodón y hubo una diversificación de la producción, tanto de los productos de algodón (con fábricas de tejidos de punto) como hacia

Gráfico 1.
Evolución del número de fábricas textiles fundadas en el siglo XX



nuevas fibras como la seda. Otra característica fue el paulatino reemplazo de la energía hidráulica por la electricidad, con lo cual las nuevas empresas se ubicaron en lugares que no eran tradicionales de los obrajes.

Hacia 1949, con algunas crisis de por medio, como la mundial de 1929, había entre 8 y 9 mil obreros en la transformación de la materia prima, y unos 15 mil en las labores de producción de algodón.¹⁰ El interés en el algodón venía también por la demanda de aceite de semilla de las enlatadoras de pescado y de pasta de semilla para elaborar alimento de ganado. Varias desmotadoras (máquinas que separan la fibra de la semilla) se fundaron en el país: en la década de 1950 había siete en Latacunga, Guayaquil, Quevedo, Manta y Bahía.

Durante la Segunda Guerra Mundial se catapultó nuevamente la producción de telas y confección; sin embargo, persistía la limitación a la importación de maquinaria, por lo que lo nuevo convivía todavía con lo antiguo y, finalmente, la rentabilidad continuaba siendo una consecuencia del bajo costo de la mano de obra. Si bien hubo tecnología importada, no se puede hablar de industrias modernas hasta rayar 1950, cuando se borró todo rezago del obraje. Las fábricas coparon el mercado interno pero se continuó importando artículos de algodón, telas de fantasía, de colores vivos, dibujos varios, sedas lavables, popelinas, telas estampadas. Hacia 1955 había en el Ecuador 79 establecimientos censados,

10. "Carta de La Comisión (firmada por Julio C. Vela, secretario) al Honorable Consejo Nacional de Economía, Quito, 30 de abril de 1949". Reproducida en Milton Luna, "La situación de la industria textil ecuatoriana hacia 1949", en *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, No. 6, 1989, pp. 270-280.



Foto 2: Fábrica La Industrial, sección Hilos, en Archivo Histórico del Guayas.

que ocupaban 6.691 obreros.¹¹ La concentración de empresas se mantuvo en Quito a mediados del siglo XX, con casi el 60% del total nacional, y aumentó al 76% hasta 1978. En ese período creció algo la mínima participación de Guayaquil y resalta la desaparición de empresas textiles de otras regiones del país.

En 1949 se percibía el advenimiento de una nueva crisis por la invasión de mercancías estadounidenses; la situación fue crítica por la inmovilización de un gran surtido de tejidos sin salida en el mercado interno, por el peligro del cierre de fábricas y por la paralización de la producción de algodón. Otros países pasaban por situaciones similares y se planteaba la protección del Estado para bajar los precios y acabar con las existencias. Una comisión destinada a estudiar el tema recomendó dar créditos, regular el mercado de tejidos, proteger la materia prima nacional, financiar cosechas de algodón, protección arancelaria para importar maquinaria y artículos complementarios, proteger los textiles nacionales y combatir el contrabando, entre otros temas.¹²

11. *Anuario Ecuatoriano*, 1959, p. 24, citado en Rafael Quintero y Erika Silva, *Ecuador: una nación en ciernes*, tomo II, Quito, Editorial Universitaria, 2001, 4a. ed., p. 192.

12. "Carta de La Comisión", reproducida en Milton Luna, "La situación de la industria textil ecuatoriana".

En 1950 la CEPAL consideraba que la maquinaria en el Ecuador era muy antigua en relación con la del resto del continente. De hecho, en un cálculo de la edad de telares e hilas hasta 1961, se constató que solo alrededor del 50% de los telares y husos hasta ese año eran de construcción posterior a 1946, por lo que para entonces se podría hablar de una industria “semimoderna”.¹³ También en un informe consular inglés de 1950 y en otras fuentes se señalaba, a propósito del estancamiento la producción textil fabril (la más importante industria de la Sierra norte entonces), que se debía a la competencia extranjera y al atraso tecnológico.¹⁴ Asimismo, se consideraba que el sector algodón usaba seis veces más trabajadores de lo que requeriría con equipos modernos. La abundante mano de obra barata permitía, de este modo, no modernizarse, pero eso no podía durar para siempre. La mejora en la maquinaria, en la calidad del algodón y la lana, y la especialización de las empresas nacionales para no competir por el mismo nicho, tuvieron un impulso definitivo a mediados de la década de 1960, siendo un factor crucial para ello la Ley de Fomento Industrial de 1957. La modernización y especialización fue necesaria para competir con los productos extranjeros, incluso por los mercados internos, en términos de calidad y precio.

Pero en la década de 1960 la industria textil debió enfrentar el embate del contrabando de textiles colombianos. Al ser entrevistado al respecto, Ramón González Artigas, gerente de La Industrial, expresó: “Tengo el convencimiento como también lo sabe todo el país que el contrabando de tejidos y especialmente el de Colombia, ha sido la causa principal para la paralización y perjuicios que han venido sufriendo la industria textil nacional”.¹⁵ Entre 1957 y 1961 las importaciones registradas fueron por 124 millones de sucres y las no registradas por 90 millones. Se ha propuesto que la quiebra de fábricas como La Industrial o La Victoria en la década de 1960 pudo deberse a su incapacidad de competir con este comercio ilegal,¹⁶ aunque ello no fue algo generalizado, como ilustra el caso de La Internacional, fábrica que adquirió en 1965 gran cantidad de maquinaria moderna, instalando una planta de aca-

13. Blanca L. Aguirre Cruz, “La industria textil en el Ecuador. Décadas del 50-70”, tesis para la obtención del título de economista, Quito, Universidad Central del Ecuador, 1986, p. 112. En eso concuerda José Wilson Cepeda, en “La Industria Textil en el Ecuador”, p. 6.

14. *British Consular Reports*, 1950, p. 14, y N. Mayers, *Economic and Commercial Conditions in Ecuador*, Londres, H. M. Stationery Office, 1954, p. 18; ambos citados en Juan Manguashca y Liisa North, “Orígenes y significado del velasquismo”, p. 117.

15. “La organización industrial del señor Ramón González Artigas”, en *Boletín Industrial Ecuatoriano*, No. 45-46, agosto-septiembre de 1960, pp. 9, 11 y 20.

16. Alfonso Ortiz Crespo y María Antonia Vásquez Hahn, “Investigación histórica general de los inmuebles denominados ex Fabrica La Victoria, ex Fabrica La Industrial y Sesquicentenario” (inédito), Corporación de Salud Ambiental de Quito, 2003.

bados con tecnología más avanzada, duplicando su capacidad de producción y manteniéndose en el mercado.

La automatización de procesos cambió la composición de la mano de obra pues cada vez se requirió menos personal calificado. Antes, el trabajador, por su destreza, corregía los problemas, pero las máquinas de mitad del siglo XX necesitaban cada vez menos un “conocedor” y más un “operario”. El trabajador textil se parecía más a cualquier obrero y menos al artesano que impulsó la riqueza de Quito desde el siglo XVI. La modernización también conllevó el aumento del costo del puesto de trabajo, que se duplicó entre 1966 y 1972. Además hubo un aumento del personal técnico y administrativo.

El proceso de modernización tuvo su final materialización en la década de 1970, con la industria textil como pilar de la industrialización. Se controlaba mejor el contrabando y la producción nacional proveía el 92% del consumo interno. En 1984 el sector ocupaba 20 mil personas. También hubo una tendencia a aumentar la capacidad instalada.

El auge del sector textil estimuló la producción de algodón en la Costa, favorecida por unas excelentes condiciones climáticas en la década de 1970.¹⁷ Sin embargo, la producción ha experimentado fluctuaciones que obligaban a mantener algunas importaciones. En la primera mitad del siglo fueron necesarios 30 años de esfuerzos compartidos entre Estado, industria y productores, para alcanzar una calidad de algodón satisfactoria por la industria; el mismo Ramón González Artigas, en su intento por integrar verticalmente la producción y controlar todo el proceso (como se verá más adelante), compró una hacienda en Manabí para la cual importó variedades que intentó mejorar con técnicas de la agricultura científica.¹⁸

No obstante, el algodón importado siempre tuvo mejor calidad, por lo cual se mezclaba con el nacional. En más de una ocasión el Estado tuvo que imponer el consumo obligatorio de una proporción de algodón nacional a las fábricas. En la segunda mitad del siglo XX, la poca calidad conspiró contra el productor de fibra, de la misma forma que lo hizo el auge de las fibras sintéticas, pues los procesos y máquinas se adaptaron a estas. En el Ecuador estas fibras importadas tuvieron una penetración intensa desde la década de 1970: de 809 toneladas importadas en 1965, se pasó a 8.407 en 1974.

Pocas fábricas crearon cadenas de distribución de sus productos textiles, como La Internacional o Ecuapunto, que tuvieron tiendas en la ciudad. Y si bien los productos eran destinados al mercado interno, en la década de 1980,

17. Doris Gómez Goyes y Lidia Guanoluisa Hidalgo, “Factores limitantes para el desarrollo de la industria textil en el Ecuador, período 1983-1992” (inédito), tesis para la obtención del título de economista, Quito, Universidad Central del Ecuador, 1998, p. 13.

18. Para una descripción de la situación algodонера en la década de 1940, véase José Wilson Cepeda, “La Industria Textil en el Ecuador”.

con la devaluación del sucre, se volvió rentable exportar. Pero volvió el contrabando, esta vez del sureste asiático.

LA FÁBRICA DE HILADOS Y TEJIDOS LA INDUSTRIAL (1935-1999)

En 1923, la Sociedad de Crédito Internacional instaló su fábrica en Chimbacalle y compró varios terrenos, pero no los usó todos: uno fue vendido en 1928 a la Sociedad La Industrial, que instaló una fábrica de secado de madera.¹⁹ Los socios de la nueva compañía (el presidente era Francisco Cousin, y el político y abogado ambateño Humberto Albornoz Sánchez fue uno de los socios más influyentes) acordaron comprar dicho terreno, transacción que incluía “una ligera construcción de tapia cubierta de teja, un horno para hacer ladrillos, las plantas y más árboles que se encuentran en él”.²⁰

El español Ramón González Artigas se incorporó después a la compañía anónima con un gran capital, y en 1933, además de fábrica secadora de madera, La Industrial contaba con una fábrica de calzado y de elaboración de puertas y ventanas. Luego, en algún momento entre 1933 y 1935, se construyeron las instalaciones para la fábrica de tejidos, en una réplica de la vecina La Internacional. También por esos años un delegado viajó a Europa para adquirir e importar maquinaria, tal como lo había hecho Luis Napoleón Dillon para La Internacional.

Desde esos años entraban a La Industrial pacas de algodón crudo y salían telas de algodón de varios tipos.²¹ Según los obreros, había un sinnúmero de nombres para los productos, pero en el fondo “era la misma tela”, lo cual es verdad solamente hasta cierto punto, pues el nombre y calidad de la tela dependía del algodón, el tipo de tejido y el proceso de acabado.²²

El capital de La Industrial creció rápidamente: en 1933 era de 250 mil sucres; fue cuadruplicado un año después; en 1937 alcanzaba los 3 millones de sucres; en 1942 los 6 millones de sucres; y en 1948 eran 10 millones de sucres. La larga lista de accionistas pagados en 1942 revela una incorporación masiva de capitales de personas y de empresas vinculadas, con montos varia-

19. Alfonso Ortiz Crespo y María Antonia Vásquez Hahn, “Investigación histórica general...”.

20. Archivo Nacional de Historia (en adelante ANH/Q), Protocolos, Notaría Quinta, Mayor Cuantía, vol. 225, tomo 2 f. 1565vta-1571r. 1928. Escribano: Luis Delfín Cevallos.

21. Publicidad de Ramón González Artigas y sus productos, en *Revista de la Cámara de Industriales de Pichincha*, año 1, No. 2, septiembre de 1937.

22. José Wilson Cepeda, “La industria textil en el Ecuador”, p. 57, describe en detalle el proceso productivo en una fábrica de tejidos de algodón.



Foto 3: Fábrica La Industrial, en Archivo Histórico del Guayas.

bles: los pagos de utilidades iban desde 30 hasta 31.395 sucres, en el caso de Ramón González Artigas.²³

La capitalización permitió que La Industrial adquiriera terrenos a otra fábrica vecina: La Victoria. En 1933 fue un lote de 4.403 metros cuadrados; en 1934 otro de 1.136 metros cuadrados; en 1940 otro de 698 metros cuadrados; en 1957 poco más de 2 mil metros. En 1959 La Industrial tenía una superficie construida de 11.450 metros cuadrados sobre un total de 18.656 metros cuadrados de terreno;²⁴ por lo tanto, el primer lote pudo tener alrededor de 10 mil metros cuadrados. Además, la empresa obtuvo una donación municipal en 1943 de un lote de 280 metros para que el Comité de Empresa de la Fábrica construyera un edificio para salón de actos y piezas destinadas a la vida social.

Hacia 1941 funcionaban en la fábrica 253 telares y la producción semanal podía ser de 63.680 varas de tela.²⁵ Hacia 1953 trabajaban más de mil obreros y obreras.²⁶

23. Archivo Museo Interactivo de Ciencia (en adelante AMIC), Carpeta con documentos sobre relaciones comerciales de La Industrial en 1942.

24. Alfonso Ortiz Crespo y María Antonia Vásquez Hahn, "Investigación histórica general...".

25. Archivo Intermedio (en adelante AI), "Conflicto Colectivo" en la Fca. 'La Industrial' tramitado por el Inspector del Trabajo Sr. Dn. César Bahamonde", 1941, 7 de julio.

26. Julio Troncoso, "Compañía Anónima La Industrial", en *El Año Ecuatoriano 1952-1953*, Quito, Talleres Gráficos Minerva, 1952, p. 197.

La posguerra puso retos a los fabricantes nacionales, como mejorar la calidad para competir con productos extranjeros. Por eso en 1955 La Industrial adquirió maquinarias y repuestos, hipotecando edificios y terrenos a favor del Banco Nacional de Fomento. Se aclaraba que era para importar un caldero, dos máquinas tinturadoras y un juego completo de preparación de hilaturas, cardas, pabiladoras y estirajes.²⁷ También se reparaba máquinas existentes, no siempre de la mejor manera, como se desprende de un conflicto en torno a la engomadora en 1941, cuando esta dañaba los urdidos, pues se le había adaptado piezas que no calzaban bien ni estaban en perfectas condiciones.²⁸ Pero se destacaba la capacidad de los mecánicos para preparar telares con pocas piezas importadas.

En 1959 se volvió a hipotecar La Industrial, a favor del Banco Central del Ecuador, con obligaciones solidarias de las compañías San Juan S.A., Inalca S.A. y Caice S.A., que eran compañías vinculadas, todas bajo la batuta de González Artigas. Sin embargo, no quedan claras las razones de tal escritura.²⁹

A pesar de la modernización y la aparente bonanza, los administradores no cumplieron los pagos a la Caja del Seguro, y acumularon una deuda que llevó a un embargo.

RAMÓN GONZÁLEZ ARTIGAS Y LA INTEGRACIÓN VERTICAL

Ramón González Artigas fue clave durante los primeros 30 años de La Industrial. Nacido en 1900 en Barcelona, cursó allí estudios superiores, recorrió Europa y Estados Unidos y emigró a América a fines de la década de 1920 como el resto de su familia. Primero estuvo por Chile y luego llegó al Ecuador, donde se casó con Judith Díaz Barreiro, nacida en Bahía de Caráquez. Fue un hombre respetado en Quito y participaba en eventos de carácter filantrópico. Por sus intereses en Manta, allí también adquirió prestigio y respeto, y actuó en ocasiones como filántropo (por ejemplo, cedió una máquina para la edificación del estadio de esa ciudad).

En el ramo textil, González Artigas comenzó administrando las fábricas San Juan y La Inca, empresas que luego compró. Luego se incorporó a otras dos textileras: La Industrial y La Cabuya Industrial, convirtiéndose en uno

27. ANH/Q, Protocolos, Notaría Cuarta, Mayor Cuantía, Mutuo compañía "La Industrial" a "Banco de Fomento", julio-agosto. L. 445 T.4 f. 2704r-2736r.

28. "Conflicto Colectivo" en la Fca. 'La Industrial'.

29. Archivo del Registro de la Propiedad de Quito, Libro de Registro de Hipotecas, tomo 90, vol. 1, 10a. clase, 1959.

de los mayores empresarios textiles del país. Además poseyó gran cantidad de acciones y fue presidente, en varios momentos entre 1930 y 1970, de las fábricas San Pedro (en Otavalo), La Moya y La Bretaña. Entre fábricas intercambiaba maquinaria, obreros, productos, etc.

Intentó copar la producción y distribución buscando la integración vertical. Creó o compró compañías anónimas de toda índole, asociadas entre sí, de las cuales era socio mayoritario. El afán de controlar todo el proceso comenzaba por lo agrícola: fue presidente de la Compañía Anónima La Agrícola, que en 1943 era propietaria de haciendas en Manabí y Pichincha, y que compró ese año la hacienda El Napo en Bahía de Caráquez, destinada a experimentar y producir algodón, importando semillas certificadas, con el interés de obtener variedades de fibra larga.³⁰

También importó semillas de ajonjolí, maní, girasol, higuera, que junto con las de algodón proveían a otra de sus empresas: Industrial y Agrícola del Litoral, C.A. (Inalca), fábrica de aceites y grasas vegetales fundada en Manta en 1933, donde había una desmotadora y una fábrica de aceite comestible, manteca vegetal y jabones, residuo de aceite, pasta de algodón, vacías de aro.³¹

También se dedicó al cultivo de cabuya y promovió la crianza de ganado de carne en Manabí, al importar razas mejoradas. En Machachi destacó en la crianza de ganado. Y no se quedaba atrás en la comercialización: en 1933 tenía sucursales de comercio de “hilados y tejidos de algodón y calzado” en Guayaquil, Bahía, Cuenca, Riobamba, Otavalo, Ibarra, Tulcán, y Quito.³²

Montó, además, otra fábrica en los predios de La Industrial donde se producía el Calzado Artigas; la dirección fue encargada a un español y en algún momento se importó maquinaria estadounidense y argentina para renovar estilos de hormas y modelos. Del extranjero obtenía, además, repuestos y materias para tratamiento del cuero.³³ Al principio producía 700 pares semanales, pero alcanzó hasta 2 mil. El Calzado Artigas tuvo tal éxito que en 1941 se construyó un edificio para la fábrica, donde funcionó por lo menos hasta 1953.

En 1937, con otros cuatro socios (que incluían a sus hermanos José y Óscar) fundó la Compañía Anónima Industrial, Agrícola y Comercial Ecuatoriana

30. ANH/Q, Protocolos, Notaría Cuarta, Venta de la hacienda “El Napo” de Camila de Santos a la Compañía Anónima “La Agrícola”, abr.-may., L. 369, T.3, f.2148r-2154; “Las Industrias Artigas”, en *Boletín Industrial Ecuatoriano*, Nos. 10-11, julio-agosto de 1957, p. 37; “La organización industrial del señor Ramón González”.

31. *El libro de la ciudad de San Francisco de Quito hasta 1950-51*, Quito, Ediciones CEGAN, 1951, p. 54; AMIC, Libro “Varios” de INALCA (1958-1959).

32. ANH/Q, Protocolos, Notaría Cuarta, Mayor Cuantía, Varios poderes de Ramón González Artigas a diferentes personas, oct.-dic., L. 301, T. 7, f. 3215-3234.

33. Julio Troncoso, “Compañía Anónima Fábrica de Calzado Ecuador”, en *El Año Ecuatoriano 1952-1953*, pp. 199-200; AMIC, Carpeta con documentos sobre relaciones comerciales de La Industrial en 1942.

(Caice). Su objetivo era la distribución de tejidos y la importación y exportación de productos varios. Con el tiempo su capital creció de 300 mil sucres al fundarse, hasta un millón y medio de sucres en 1942 y cinco millones de sucres para 1951. Caice distribuía el Calzado Artigas y los hilados y tejidos de algodón, lana y cabuya de las fábricas de González Artigas. La casa matriz de Caice estaba en los predios de La Industrial y tenía sucursales en Guayaquil, Manta, Bahía de Caráquez, Esmeraldas, Riobamba, Ibarra y Tulcán.

Documentos de Caice de 1942 revelan algunos productos que importaba directamente para La Industrial, los cuales compraba a importadores localizados en Guayaquil, o que obtenía de proveedores nacionales.³⁴ Caice también coordinaba el intercambio de materiales entre fábricas: bandas, rueda de esmeril grano grueso, tiratacos, bobinas, hilo crudo, tambores de anilina, carbón, pacas de algodón peruano y de algodón nacional, anilina color negro intenso, pardo o café, hilo chulla y torcido, grasa para rulimanes, magnolia para cojinetes desgastados, cargas para extintores, bicarbonato industrial anconoil, hierro redondo carbones para motor, tubos... Estaba, también, a cargo del programa de tinturado de La Industrial (porque recibían los pedidos) y de la contabilidad, pago de sueldos, descuentos por préstamos quirografarios, pagos de fondos de reserva, pagos a la Caja del Seguro Social y contrataciones.

Con tantas empresas, es lógico que González Artigas incidiera para la creación en 1936 de las Cámaras de Industrias en el Ecuador; ese año se organizó la de Pichincha por iniciativa de 17 empresarios afiliados a la Cámara de Comercio de Quito y él mismo fue el primer presidente, hasta 1939, cargo que mantuvo en otros períodos.³⁵

Con el tiempo González Artigas adquirió mucho poder, lo cual no era del agrado de todo el mundo. Por ejemplo, se denunciaba que desde fines de 1938 consiguió del Banco Hipotecario casi 9 millones de sucres, mientras la totalidad de productores de trigo del país solo obtuvieron 60 millones. En la misma denuncia se añadía que, “por otra parte, el Banco Central entrega a González Artigas 27 millones de sucres mediante el hábil juego de influencias

34. Sacos de carbonato de sodio, tambores de sulfuro de sodio, tambores de anilinas, repuestos para maquinarias, carbón de Coke (presumiblemente para combustible), atados de escobas de bejuco, varillas de hierro redondo, tubos de plomo, tubos perforados, herramientas varias como tenaza, cajas de carbones para dínamo, rollos de asbesto grafitado, fardos de repuesto de cuero, repuestos de maquinaria textil, electrodos, peines, empaques de asbestos, barrilitos de hidrosulfito, hierro redondo, aceite rojo turco, piezas de paño blanco para forrar cilindros, jabón textil, anconcoil, algunos hilos, etcétera.

35. “Memoria Institucional 70 años de la Cámara de Industriales de Pichincha”, sin datos editoriales, 2007, en [www.camindustriales.org.ec:7778/portal/page/portal/Camara/NuestraOrganizacion/CIP/Memoria70Anios.pdf], descargado en julio de 2008.

políticas y abogados serviles”. Enemigos aparte, en palabras de un obrero de telares, Ramón González Artigas

[...] era como un gringo, era gordo, blanco, colorado, con los ojos azules, con una mirada penetrante, era rígido en todo. Solo de verle tenía respeto, pero llegando a tratarle era el hombre más bueno del mundo [...] no era ni prepotente, en la Mariscal tenía una casa, claro que la Mariscal en ese tiempo era la mejor ciudadela de Quito y había tenido una casita como cualquier otro [...] era simple como cualquiera, siendo tan millonario y teniendo tantas propiedades.³⁶

EL TRABAJO EN LA INDUSTRIAL

Las empresas textiles eran controladas y administradas por un reducido número de accionistas y trabajadores, pero el grueso de trabajadores eran los obreros a quienes se dedicará el resto de este artículo, comenzando por su forma de involucrarse en la fábrica.

Como en otras actividades, la vinculación ocurría por recomendaciones, parientes, o captando mano de obra con experiencia. Sobre el primer caso existe el testimonio de Ernesto Núñez, quien ingresó hacia 1940, cuando llegó con su madre desde Ibarra y obtuvieron posada en la casa del portero de la fábrica de calzado. La esposa del portero le dijo que les iba a ayudar:

Y venimos a la fábrica y le esperamos en medio patio a Don Ramón [González Artigas] y se arrodilló ante don Ramón cuando el vino y él le dijo: “¿Qué te pasa María?”. –Patroncito quiero pedirle un favor, que le dé trabajo a mi sobrinito, que ha venido de Ibarra.

Yo no era sobrino, solamente pedíamos posada donde ella, y le dice: “pero no hay necesidad que te arrodilles. ¿Qué te pasa? Levántate, levántate. A ver, ¿qué quieres?”. –Quiero esto. “Bueno no hay problema que venga tarde, después de almuerzo y le doy la orden para que entre”. Fue así que el patrón dio la orden de que le enseñen a tejer al muchacho, y como era recomendación del jefe me trataron muy bien.³⁷

Por otro lado, un contraamaestre narró en 1938 su proceso de incorporación como mano de obra calificada a La Industrial, además de asuntos sobre ascenso laboral y relaciones entre obreros (por su extensión se reproduce como anexo 1 al final de esta contribución).

36. MIC, entrevista a Ernesto Núñez, realizada por Nicolás Cuvi y Carlos Jarrín, 10 de abril de 2008.

37. *Ídem*.

En una fábrica textil quiteña de comienzos del siglo XX podían trabajar hasta mil obreros, además del resto de personal. Había oficios y puestos desde los “meritorios” (aprendices sin sueldo) hasta el gerente. Un catálogo de ocupaciones de la industria textil publicado en 1962 por el Ministerio de Educación Pública resulta útil para aprehender esta complejidad: allí se describen las funciones de 89 puestos, que incluyen aprendices, operarios calificados, técnicos e ingenieros, con detalle de cada función, desde abastecedores de canillas hasta engomadores y desengomadores, ayudantes de sección, dibujantes para tejidos especiales, empacadores, operarios, etc.³⁸

Uno de los empleos con mayor poder era el de administrador, inspector general o jefe de fábrica. Vivía en las instalaciones y mandaba sobre todos; daba el visto bueno para compras, firmaba la salida de obreros, paso de mercaderías, obras mecánicas, distribuía turnos con los jefes de secciones, era responsable de pérdidas y menoscabos, y debía indicar al culpable de daños, robos, pleitos e indisciplina. Asimismo, velaba porque los jefes de sección no maltraten de palabra u obra a sus subalternos.

Había otros puestos de gran responsabilidad, como jefe de almacén de ventas, jefe del almacén de tránsito, bodeguero, jefes de secciones de hilatura y tejidos, tintorería, y mecánica y construcciones. Pero la mayoría de trabajadores eran mujeres y hombres obreros, desde los que manejaban un telar o máquina de hilatura (mejor pagados), hasta los “muchachos”, asistentes sin sueldo que cogían las canillas y transportaban material entre secciones. Entre los mejores se elegían los contra maestres.

Según un reglamento de obreros de La Internacional, de 1934, al incorporarse a la fábrica cada obrero recibía un número de orden que no podía cambiar nunca. Al entrar cada día debía recoger su número metálico en la portería y conservarlo (si lo perdía debía pagarlo). Durante la jornada tenían prohibido abandonar su puesto, retirarse, o reunirse a conversar o jugar.³⁹ Pocos se atrevían a desafiar estas instrucciones, pues no había contratos colectivos: las relaciones con los patrones estaban regidas por la Ley sobre Contrato Individual de Trabajo. La única “salvación” para dejar la máquina era “correr al baño aun cuando sea a fumar”; podían entonces conversar un momento, incluso conspirar, pero como se ganaba por trabajo a destajo (en el caso de telares e hilas), quien se quedaba fumando no ganaba nada.⁴⁰

38. Ministerio de Educación Pública del Ecuador, Departamento de Planeamiento Integral de la Educación, *Catálogo Ecuatoriano de Ocupaciones de la Industria Textil*, edición provisional, Documento de Trabajo, Ministerio de Educación Pública, Quito, 1962, en Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador (en adelante AHBCE).

39. “Reglamento para empleados y obreros de la fábrica de tejidos ‘La Internacional’”, Quito, Tip. L. I. Fernández, 1934.

40. MIC, entrevista a Ernesto Núñez, realizada por Nicolás Cuvi y Carlos Jarrín, 10 de abril de 2008.

Al interior del recinto había un estricto control, incluida la restricción de la libre circulación. Ernesto Núñez, obrero de telares, jamás entró a las secciones de hilatura, revisado o tintorería en décadas de trabajo: “dejábamos la tela ahí y nos íbamos. Como estaba todo controlado, había jefes en todo, no podíamos estar por aquí por allá”.

Las condiciones de trabajo eran difíciles, como se desprende de un editorial de 1935:

[...] al pasear por una fábrica de hilados y al observar el espacio inundado por un rayo de sol que penetra por una de las ventanas del recinto de máquinas, inmediatamente, el extraño queda aterrado de ver el aire que se respira: está plagado de una cantidad de polvillos y de pelusas que pululan en una cantidad tal que solo presenciando se puede dar cuenta de lo insano de ese recinto. Los semblantes de esos hombres son lívidos, tienen cara de desenterrados y se quejan de malestar a los pulmones y al pecho: a más de ser fábricas de telas son fábricas de tísicos. Se puede comprobar fácilmente que hombres jóvenes luego de haber trabajado por espacio de quince años se encuentran en perfecta senectud.⁴¹

Estas palabras describen por sí mismas las condiciones de los obreros de las primeras grandes fábricas textiles de Quito. Al recorrer lo que quedó de la fábrica La Industrial, antes de las reformas realizadas por el Museo Interactivo de Ciencia, era posible imaginar el aislamiento, calor y ruido insoportable que debía padecerse, lo cual se sumaba a la precariedad en las condiciones de contratación.

En el editorial citado se señalaba como culpable de la insalubridad al descuido de las oficinas públicas de higiene y al exceso de avaricia de los propietarios. Esto no mejoró con el tiempo: otro autor mencionaba en 1946: “Hay un buen número de fábricas textiles en el país que carecen de aire acondicionado, de servicios higiénicos suficientes, de ventilación, de salas de reposo, de roperos, de inclusas, de botiquines bien provistos, de servicio médico regular, etc., etc.”.⁴²

En cuanto a horarios había dos turnos: matutino y nocturno. La energía eléctrica no solo permitió mover las máquinas con una fuente de energía estándar sino también el trabajo nocturno. El personal de la mañana entraba a las 7h00 y salía entre las 16h00 y 17h00, de lunes a viernes (entre lunes y jueves se trabajaba nueve horas, acumulando cuatro horas que desquitaban los que debían trabajar el sábado). Había un tiempo para almuerzo de 11h00 a 13h00. Algunos iban a sus casas, pues vivían en Chimbacalle, mientras otros acudían a comedores de los alrededores, como el comedor obrero municipal.

41. Ingeniero Astra, “Los rostros pálidos y nuestras fábricas de tejidos”, en *El Día*, 14 de marzo de 1935.

42. José Wilson Cepeda, “La industria textil en el Ecuador”, p. 148.

Luego sonaba la sirena y si alguien llegaba cinco minutos tarde se quedaba fuera; a veces quedaban muchas personas amontonadas afuera y solo quienes tenían influencias, como los dirigentes sindicales, podían entrar.⁴³ Las entradas y salidas eran anunciadas por un “pito que se escuchaba en todo Quito”. De mañana sonaba tres veces: a las 6h00, 6h30 y 6h45.

El turno de la noche se llamaba “velada” y era un poco mejor pagado. Comenzaba a las 21h00 de lunes a jueves y a las 22h00 los viernes, y se extendía hasta las 6h00. Sin embargo, esto no fue siempre así: en un período se dispuso que se realizara una sola jornada para ahorrar y los turnos eran de seis a dos y de dos a diez. El turno de la noche era considerado más difícil y suscitaba mayores quejas, algunas divulgadas a través de *Voz Obrera*, la revista de los trabajadores organizados:

Ahora en la jornada nocturna, dan agua de canela a los obreros; muy bien está eso; pero lo que no está bien es la hora que dan (2 am) y la calidad de pan que por ser muy guardado se vuelve durísimo y luego nadie lo compra y ese pan traen a los obreros [...] La leche que dan en las veladas es cada vez más pésima pues no sabe sino a agua [...] La leche que nos dan en la jornada nocturna es como suero, es líquido que no debe tomar un racional.⁴⁴

Los trabajadores se quejaban del agua repugnante y escasa, con pelusas, y que solo les daban café con pan, “una agüita pero que abrigaba del frío”. Los que traían su jarro obtenían, al amanecer, más bebida caliente.

Ser obrero textil conllevaba otros riesgos, como perder total o parcialmente los dedos, sufrir contusiones en los brazos, o que la ropa quedara atrapada en las máquinas y ser halado. Inclusive hubo accidentes con tintes jocosos (si cabe la palabra), como el de un obrero que realizaba un trabajo en la transmisión de telares: lo agarró una polea y le despedazó toda la ropa, dejándolo completamente desnudo pero con golpes de poca gravedad.

El maltrato en las veladas o los accidentes eran apenas algunos de los asuntos que enardecían el orgullo obrero. Lo que más dificultaba sus condiciones era la inseguridad ante despidos intempestivos y castigos que podían ocurrir por cualquier razón. En una ocasión, un obrero joven de La Industrial escribió una carta que fue exhibida en cartelera, “pidiendo en términos rendidos que le recibieran de nuevo en su trabajo, y prometiendo en lo sucesivo observar una conducta de sumisión a sus superiores”. Este y otros comentarios hirieron la susceptibilidad de sus compañeros que hicieron desaparecer la carta; luego, al regresar a sus tareas por la tarde, 30 obreros fueron suspendidos

43. MIC, entrevista a Ernesto Núñez, realizada por Nicolás Cuvi y Carlos Jarrín, 10 de abril de 2008.

44. “De Sociedad Obrera”, en *Voz Obrera*, año 4, No. 176, 1939, p. 15.

hasta que apareciera el documento, cosa que no sucedió.⁴⁵ Entonces eran apoyados por los sindicatos.

Otro caso de prepotencia empresarial ocurrió en 1937, cuando en La Industrial se dio un conflicto porque el jefe de hilatura estropeó la obra de un trabajador y le dio un empujón. La Dirección de Trabajo del Estado resolvió en favor del obrero, y los demás aprovecharon el caso para denunciar los “tratos bárbaros”. En otra ocasión el jefe de telares suspendió ocho días a un obrero porque al armar el urdido no se percató de que faltaba una hebra; también se castigaban los urdidos en mal estado y las hebras sobrantes.

Cuando no había producción era “un martirio para algunos obreros tejedores: pues si no producen lo que determina una ley estúpida no es por culpa de ellos, sino, muchas veces, por los malos urdidos y otras porque se daña la máquina”. Si alguna sección de la fábrica, como las hiladoras, se detenía, faltaba el material para los demás procesos y a los obreros les preocupaba ser penalizados por no cumplir las cuotas.

La empresa intentaba contrarrestar los malos efectos de su política mediante regalos de vestidos a hijas e hijos de miembros del sindicato, o regalos de tela, comestibles y juguetes por Navidad o Día de la Madre. Los obreros recibían un uniforme por año, gratis, de tela jean, pero no zapatos ni guantes. De todas maneras, estos regalos no eran suficientes y de la gran densidad de trabajadores en las empresas textiles quiteñas surgió el primer sindicato industrial del país.

LOS SINDICATOS COMO RESPUESTA

La historia de los primeros sindicatos obreros del Ecuador y sus respuestas a los abusos patronales es un tema que ha sido visitado por varios autores, tanto en el ámbito nacional como en el regional e internacional. En el caso del Ecuador, Patricio Ycaza, por ejemplo, realizó un completo estudio, del movimiento obrero ecuatoriano, donde constan importantes detalles de la organización obrera, incluida la textil.⁴⁶ Guillermo Bustos, por su parte, ha abordado el surgimiento de la clase obrera en el Ecuador, y analizado las tensiones y coincidencias que tuvieron sus diferentes protagonistas (entre estos

45. “Prodújose incidente en la fábrica La Industrial”, en *El Comercio*, 19 de mayo de 1936.

46. Patricio Ycaza, *Historia laboral: crónica y debate*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995; e *Historia del movimiento obrero ecuatoriano: de la influencia de la táctica de frente popular a las luchas del FUT*, vol. 2, Quito, CEDIME/CIUDAD, 1991.

los obreros industriales) y cómo esta clase obrera construyó su identidad.⁴⁷ Milton Luna, a su vez, ha explicado el surgimiento del movimiento obrero industrial por motivos ideológicos,⁴⁸ y Valeria Coronel ha analizado el contexto de abuso patronal que causó las primeras respuestas obreras sindicales en la ciudad y en la Sierra, y argumentado que estos movimientos fueron importantes para la construcción del Estado del bienestar.⁴⁹ Para una evaluación exhaustiva sobre la historiografía del movimiento obrero ecuatoriano véase un reciente artículo de Hernán Ibarra.⁵⁰

Los citados son apenas algunos de los trabajos que se han detenido en este tema a nivel local, pero, como adelanté, en este artículo no me propongo debatir o dialogar con sus presupuestos, menos aún con los de la profusa historiografía del movimiento obrero regional o mundial. De modo menos ambicioso, busco aportar con elementos para ese debate desde la narración de la historia de una industria en particular, considerando además que buena parte de la crítica al ambiente fabril y sus precarias condiciones ya ha sido construida hace más de un siglo, contándose con los textos de Karl Marx y Frederic Engels, en el siglo XIX, entre los más conocidos (aunque de ninguna manera los únicos).

Las grandes fábricas textiles dieron origen al proletariado industrial en la ciudad: hacia 1932-1933 había en Quito aproximadamente 1.500 obreros industriales, aparte de artesanos, jornaleros y vendedores callejeros.⁵¹ Hasta entonces no había existido organización de los trabajadores textiles de Quito, pero la masa que padecía situaciones de precarización y explotación acabó por organizarse, en buena parte inspirada por sus pares de otras regiones del mundo y por la penetración de ideas comunistas y socialistas. En diciembre de 1933, en la Casa del Obrero de Sociedad Artística e Industrial de Pichincha, se reunieron 200 de los 300 trabajadores de La Internacional para formar su sindicato. Fue un paso más allá de la existente Cooperativa Obrera de La Internacional que representaba poco a los obreros, pues era dirigida por el gerente.

47. Guillermo Bustos, "La politización del 'problema obrero'. Los trabajadores quiteños entre la identidad 'pueblo' y la identidad 'clase' (1931-34)", en Simón Pachano, edit., *Antología. Ciudadanía e identidad*, Quito, Flacso-Ecuador, 2003, p. 192.

48. Milton Luna, "Los movimientos sociales de los treinta. El rol protagónico de la multitud", en *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, No. 6, 1989, pp. 199-235.

49. Adriana V. Coronel, "A Revolution in Stages: Subaltern Politics, Nation-State Formation, and the Origins of Social Rights in Ecuador, 1834-1943" (inédito), tesis de Doctorado en Filosofía, Departamento de Historia, New York University, 2011.

50. Hernán Ibarra, "Los estudios sobre la historia de la clase trabajadora en el Ecuador", en *Ecuador Debate*, No. 72, 2007, pp. 61-80.

51. Richard Milk, *Movimiento obrero ecuatoriano: el desafío de la integración*, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE)/Abya-Yala, 1997.

Entre las primeras demandas del sindicato se contaron mejoras en el salario y en la jornada de 12 horas. Las acciones de La Internacional habían subido de 50 a 120 sucres en 1933 y los obreros sabían que era posible atender sus demandas, pero la empresa las rechazó. Con intervención estatal, en febrero de 1934 la empresa aceptó, pero al mismo tiempo, para contrarrestar el efecto sindicalista y dividir a los obreros, creó otro sindicato pro-patronal. El 14 de marzo de 1934, en una reunión con todos los representantes, se rechazó en el nuevo sindicato la presencia de Ezequiel Padilla Cox, trabajador de la mecánica y secretario del sindicato creado en 1933, aduciendo que carecía de representatividad. Eso motivó a que desde ese día 300 trabajadores ocuparan la fábrica en lo que fue la primera huelga industrial en el Ecuador.

Por las noticias aparecidas en los diarios *El Comercio* y *El Día* se conoce sobre esa primera huelga. Hubo represión de la policía y el ejército, con heridos (en especial mujeres), y encarcelamiento de cuatro obreros, entre ellos Padilla Cox. El conflicto duró 18 días apoyado por empleados del tranvía y de la empresa eléctrica, lo cual paralizó otras actividades. La policía tomó más medidas porque los obreros de La Internacional estaban convocando a otras fábricas: por la ciudad circulaban volantes insurgentes. La tensión sirvió para observar que había división entre los trabajadores y los accionistas de La Internacional amenazaron con clausurar la fábrica. Intervino el Estado y el conflicto terminó con aceptación de las demandas de ropa de trabajo, sobrepagos por trabajo nocturno, abolición del trabajo a destajo, mejores salarios, mayor participación en utilidades, entre otras. Al final se mantuvieron los dos sindicatos y todo volvió a la normalidad.

La organización del sindicato de La Internacional y el éxito de su huelga generaron una reacción en cadena. La militancia laboral fue en aumento en las principales ciudades: los trabajadores estaban dispuestos a arriesgar sus puestos y en el mismo año 1934 se formaron nuevos sindicatos y hubo huelgas en las fábricas San Pedro, El Peral, La Industrial Algodonera, La Imbabura de Atuntaqui, La Joya, La Inca y El Prado.⁵² La Federación Nacional de Trabajadores Textiles, formada en 1936, fue la primera organización intersindical a nivel del país. Desde 1937 se decretó el 14 de marzo como Día del Obrero Textil.

Otra huelga de La Internacional que reclamaba por una clasificación en “maestros y aprendices” ocurrió en julio de 1936, y ponía como requisito para ser obrero el saber leer y escribir. Como la mayoría era analfabeta (por ejemplo, en una fábrica de Ambato con 300 obreros solo 28 sabían leer y escribir), plegaron a la huelga trabajadores de La Bretaña y La Victoria. Eran 500 en total. Finalmente, el gobierno de Federico Páez decretó que, por razones de

52. *Ídem.*

orden práctico, era difícil cumplir la ley de salarios en las fábricas textiles y aumentó el salario de las fábricas de la zona de Quito.⁵³ Meses después hubo protestas, pues los obreros decían no haber recibido lo estipulado.

A fines de la década de 1930 apareció en Quito la revista *Voz Obrera*, fuente clave para construir esta historia. A través de *Voz Obrera* se mantenía informados a los trabajadores sobre el sindicalismo y los acontecimientos de cada fábrica. El obrero ganaba fuerza y autoestima y se veía a sí mismo como el centro de un gran cambio, lo cual aumentaba su convicción y fuerza para organizarse. Un testimonio de Carlos Espinosa, obrero de La Industrial, recoge este espíritu: “Ahora que, por todos los ámbitos del mundo, el transeúnte y la plataforma y la piedra fundamental de este orden de cosas de estos tiempos es el obrero [...] todos se convencen, hasta se sacrifican y creen ser el ideal de reivindicación de las clases trabajadoras”.

En junio de 1935, en asambleas, se aprobaron los estatutos del Sindicato de Trabajadores de La Industrial. Su lema fue “Pan y Justicia”. Contaba con reglas sobre asociación, asambleas, consejo de administración, miembros, comisiones, sesiones, multas, etc.⁵⁴ Se ocupaba de las condiciones de trabajo de sus socios, que, hacia 1940, eran más de 600. Atendía lo mismo reclamos por la suspensión de agua caliente y pan en las veladas, permisos por fallecimientos y calamidad doméstica, y despidos intempestivos. Según el líder sindical Ernesto Núñez, la entidad defendía a los trabajadores que sufrían injusticias por parte de los jefes: “íbamos nosotros: señor tenga la bondad de indicarnos el delito que ha cometido, tal cosa ha hecho, bueno pero eso tiene su razón de ser, tenemos que entrar en un arreglo, se arreglaba todo y quedaba todo normal”. Entre los problemas también se contaban peleas de golpes u ofensas que podían llevar al despido.

También había peticiones como la de 1939 para que se cambie el médico de la fábrica, por el “descuido para atender a los trabajadores enfermos”. Sin embargo no siempre eran bien recibidas: en este caso el gerente, en vez de retirar al médico, pensó separar al secretario general del sindicato y a dos obreros.⁵⁵

Un pliego de peticiones en 1939 incluía ropa de trabajo gratuita (overoles, blusones y gorras, zapatos, anteojos, mascarillas en tintorería y mecánica); cuarto para vestuario de obreros; ventilación en los sitios de trabajo, con ventanas móviles; aparatos artificiales de ventilación, absorción de polvos y

53. “Huelga de obreros textiles concluyó ayer”, en *El Comercio*, 8 de julio de 1936, p. 1.

54. Estatutos del Sindicato de Trabajadores de la Fábrica “La Industrial”, aprobados el 6 de julio de 1935, Quito, Imprenta Editorial de El Correo, 1936.

55. “De Sociedad Obrera”, en *Voz Obrera*, año 4, No. 185, 1939, p. 15.

pelusas, etc.; instalación de más escusados (que llegue al 3% de obreros) y duchas; estrados de madera para cada obrero (por ser el piso de cemento); vasos para que no beban de la llave; revisión mensual de maquinaria para verificar su correcto funcionamiento; que el médico impartiera conferencias de higiene. La gerencia aceptó verbalmente estas peticiones, especialmente la demanda del médico.⁵⁶

Los problemas atendidos por el sindicato se reflejaban en *Voz Obrera*: despido a obreros trasladados a La Breña sin indemnización, a quienes se quiso hacer firmar certificados en los que decía que se separaban por su voluntad; obreros multados por manchas de la tela; discriminación a las mujeres que trabajaban los dos lados de la hilatura pero cobraban como si solamente trabajaran uno; no envió de obreros accidentados al hospital. Los despidos intempestivos generaban las mayores luchas y por eso se demandaban contratos colectivos. Y, si era necesario, iban a la huelga.

Un conflicto colectivo entre el sindicato y los dueños de La Industrial sucedió en 1941. La demanda era impedir nuevos despidos y el regreso de los despedidos, con garantías, a sus puestos de trabajo. También que se aplicara lo dispuesto en el Código de Trabajo a los jefes de telares e hilatura “por su constante maltrato a los obreros”. Se demandaba, además, que se declarara ilegal la fijación de un mínimo de producción para la sección telares; que se cumpliera resolución de un conflicto anterior; un aumento de salarios; el pago de gratificaciones o retribuciones por Navidad y Día de la Madre (que no se habían entregado en 1940 ni 1941); y, especialmente, que no se cobrara a los engomadores el valor del hilo que, estimándolo malo, se sacaba de los urdidos, “porque eso no se debe a los obreros sino a la mala calidad de la materia prima y a la deficiencia de las máquinas”.⁵⁷

Ramón González Artigas dijo que no había despedido obreros intempestivamente, que había pagado indemnizaciones y que todos los obreros estaban en sus máquinas, excepto 35 que eran reemplazos y que ganaban tanto si trabajaban como si no. Añadió que la cuota mínima de producción favorecía a la fábrica, que había subido los salarios en 1939 y que La Industrial era la fábrica que mejor pagaba. Tampoco pagaría Navidad y Día de la Madre y rechazaba la argumentación sobre las engomadoras. Contraatacaba denunciando las constantes faltas del personal y, ante el reclamo de maltratos, declaraba que el trabajo de los jefes “es hacer trabajar a los obreros”.

Al sindicato le tocó litigar y González Artigas no estuvo allí para aguantar los embates, sino que nombró delegados a un tribunal de conciliación. Se decidió hacer una inspección *in situ* para determinar el estado de las má-

56. “De Sociedad Obrera”, en *idem*, No. 179, 1939, p. 15.

57. “Conflicto Colectivo” en la Fca. ‘La Industrial’.

quinas y sobre todo de la engomadora. Los obreros esperaban evidenciar la diferencia de producción de cada telar, que volvía difícil el establecimiento de cuotas mínimas y ponía en desventaja a ciertos obreros. Se constató que, en 15 minutos, dos telares fabricaban entre 1,48 y 1,19 metros de un tipo de tela, lo cual probó estas diferencias; en cuanto a la engomadora, de tipo estadounidense, se le había adaptado cilindros de una engomadora inglesa, de distinto diámetro, por lo que reventaban los hilos. Eso validó el reclamo y el tribunal propuso al patrón comprometerse a no efectuar más despidos intempestivos, garantizar la estabilidad de trabajo, fijar mínimos según cada producto, y no cobrar a los engomadores. La repuesta fue intransigente: no aceptaba las resoluciones y habría despidos si fuera necesario. El juicio continuó con declaraciones de obreros a favor y en contra y la engomadora fue inspeccionada de nuevo. Lamentablemente en el expediente no consta la resolución final.

Entre tanto, al interior del sindicato se creaban rencillas. Ernesto Núñez, dirigente durante nueve años, recuerda que en los servicios higiénicos había insultos escritos contra él. Cuenta que “se nos acusaba de estar vendidos al patrono”. No era fácil ser líder sindical por estos problemas internos y por la presión patronal: por ejemplo, unos obreros fueron apresados cuando promovían una Asamblea General del Sindicato.

Hubo varias huelgas en La Industrial, por diferentes razones y con intensidades y duraciones diversas. El sindicato trabajaba en silencio con los abogados, para evitar que el patrono preparara una respuesta. La mayoría de las veces se declaraba la huelga de noche y se nombraban comisiones: una para el Ministerio de Trabajo, otra para acudir con los documentos y otra para cuidar que los trabajadores respaldaran al sindicato. Cuando se tenía el visto bueno del Ministerio de Bienestar Social venía el secretario general y se apagaban los motores: “Estamos en huelga”. Comenzaban la tensión y negociaciones.

La huelga más fuerte era la de brazos caídos. Venían las familias a las afueras de la fábrica: mujeres, hijos, mamás, papás, a hacer huelga afuera, y los obreros permanecían dentro sin trabajar. Entonces los obreros de La Internacional, que estaban al frente, gritaban: “¡Viva la huelga viva, no se dejen, no se dejen, no aflojen, tienen nuestro apoyo!”. Otros sindicatos los acompañaban en los reclamos y en lo económico cuando la huelga se extendía; una vez duró cerca de un mes.⁵⁸

En una huelga de 1939 los obreros manifestaron su respeto a las personas y la propiedad, e incluso salvaron unas telas que estaban en el caldero. Pero

58. MIC, entrevista a Ernesto Núñez, realizada por Nicolás Cuvi y Carlos Jarrín, 10 de abril de 2008.

en todos los casos hubo represión. Al momento de desocupar la fábrica “los obreros se encuentran con tal número de carabineros que creyeron que había estallado la guerra internacional con el Perú, o con alguna otra potencia”. Hubo muchos despedidos.⁵⁹ Otra huelga ocurrió en 1950 y en esta participó la política y escritora Nela Martínez Espinosa, organizando a los familiares de los trabajadores en Chimbacalle. Por esta intervención el intendente de Policía ordenó su prisión y la mantuvo detenida un día y una noche.⁶⁰

EMBARGO, FIN DE LA COMPAÑÍA ANÓNIMA Y APARECIMIENTO DE LA COOPERATIVA

La Industrial tuvo una modernización relativamente lenta, al igual que las demás fábricas de la ciudad, y no existen datos claros sobre la causa de su quiebra. Pudo deberse a la falta de ingresos ocasionados por el contrabando, o a la irresponsabilidad y picardía de sus administradores e inversionistas, pero en cualquier caso lo cierto es que la compañía dejó de aportar a la Caja del Seguro las cuotas de los trabajadores. Como consecuencia, la industria fue embargada hacia 1965, y el 17 de abril de 1967 fue adjudicada por remate a la misma Caja del Seguro. La vecina fábrica La Victoria también había quebrado y fue también adjudicada a la Caja del Seguro en 1962.

Ante esta situación, los obreros se organizaron para que la Caja les entregara en arriendo el predio.⁶¹ La cooperativa se formó el 15 diciembre de 1967 y cada obrero puso una acción de 1.200 sucres. El Estado tuvo una actitud paternalista hacia la cooperativa e incluso Velasco Ibarra donó dinero para que la recapitalicen. Pero el “renacimiento” no estuvo exento de desacuerdos, manifiestos especialmente entre los abogados del tradicional sindicato (socialistas), y el abogado Jorge Crespo Toral, arnista tendiente a conservador. La gente se dividió y quedaron finalmente cerca de 350 socios, con Crespo como asesor. Se formaron dos consejos: uno para administrar el movimiento de la empresa y otro para vigilar el movimiento económico y el trabajo. Pero muchos se retiraron por desacuerdos con esta administración que, entre

59. “De Sociedad Obrera”, en *Voz Obrera*, año 4, No. 162, abril de 1939, p. 15.

60 Rodolfo Pérez Pimentel, “Nela Martínez Espinosa”, *Diccionario biográfico ecuatoriano*, en [www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo16/m4.html], descargado en julio de 2008.

61. MIC, entrevistas a extrabajadores de La Industrial: Elvia Calvache (telares), Rosa González (hilatura), Carlos Achig (varios), Teresa (telares), realizadas por Nicolás Cuvi y Carlos Jarrín, 14 de abril de 2008.

otros asuntos, redujo los salarios.⁶² Por supuesto no había huelgas: “¿A quién íbamos a hacer huelga si nosotros mismo éramos los dueños?”, manifestaron miembros de la cooperativa.

Al carecer del estricto control del patrón algunas cuestiones cambiaron: “en cooperativa había más amplitud de hablar de conversar con más confianza entre los obreros, porque en tiempo de don Ramón era lo más estricto, un obrero de los telares no podía pasarse a las hilas y un obrero de la hilandería no podía pasarse a los telares [...] en cambio en cooperativa teníamos más libertad, trabajando también”.⁶³

Pese a las buenas intenciones, la cooperativa no despegó en el momento en que otras empresas textiles lo hacían; disminuyó la producción y se cerraron bodegas de algodón. La carencia de materia prima llevó a la “Toma del Algodón” el 7 de septiembre de 1970. Acababa de asumir la gerencia Edmundo Villalba y en la cooperativa no había algodón, pero sí en unas bodegas estatales que estaban en las instalaciones de La Industrial. “Ya no teníamos plata para comprar algodón, y ahí no me acuerdo qué señor ha dicho: ustedes están junto a la fuente y están secándose de sed, cojan. Entonces abren las puertas y cogen”.

Velasco Ibarra no envió a la policía y más bien ayudó para que se pagara un precio simbólico. Una placa que se exponía en las oficinas desde 1974 decía: “Nos sentimos orgullosos de haber sido los ejecutores de esa memorable hazaña, que llevó el pan a nuestros hogares y se constituyó en el símbolo de amor al trabajo y de unión entre todos los cooperados”.

El impulso que llevó a crear la cooperativa, e incluso a invadir propiedad privada para sostener la producción, y que hizo soñar a los asociados, se fue perdiendo. Fueron cambiando los dirigentes y más asociados se retiraron; sin una estrategia capitalista de producción y mercadeo fue aminorando el trabajo. Se compraron un caldero, dos cardadoras y dos hiladoras pero no fueron suficientes en un sector donde la modernización resulta clave. El mercado pedía telas como mínimo de 1,3 metros de ancho, y mejor de 1,7 metros, pero los telares de La Industrial no llegaban a un metro de ancho.

Los jóvenes se fueron: en 1995 quedaban unos 200 trabajadores y hacia el final solo unos 75. Entonces vino el cierre anunciado por la decadencia en la que estaba sumergida la producción. Según los trabajadores: “de la dirección de cooperativas mandaron un interventor [...] entonces comenzó el acabóse de esto”. Se envió un interventor pues no se administraba bien la fábrica, no había dinero para material y administraban la fábrica unos abogados que

62. MIC, entrevista a Ernesto Núñez, realizada por Nicolás Cuvi y Carlos Jarrín, 10 de abril de 2008.

63. Comentario de Carlos Achig en entrevista a extrabajadores.

nada sabían de textiles. Un día de 1999 los trabajadores encontraron candados en las puertas “y ya no nos dejaron entrar”. La fábrica había sido cerrada y les informaron que el Seguro retomaba el control de los predios. A partir de entonces comenzó a desaparecer la maquinaria, hasta quedar apenas los vestigios que hoy resguarda el Museo Interactivo de Ciencia.

CONCLUSIONES

La historia de la Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón La Industrial aporta elementos para entender algunos de los factores que condicionaron la actividad fabril textil en la ciudad. El ambiente laboral imperante en las tres primeras décadas de funcionamiento de la fábrica, precario para los obreros pero favorable para consolidar una compañía anónima capitalista, ayuda a interpretar la reconfiguración de las relaciones laborales en la ciudad, con el apareamiento en la década de 1930 de los primeros sindicatos y de una clase obrera fabril (diferente de los obreros artesanos). Este grupo, que padeció muchas injusticias, ejerció presión para mejorar el bienestar de los trabajadores ante las estructuras de dominación patronales, estructuras que obedecían a una forma capitalista de producción pero que también contenían elementos heredados de los sistemas de obraje.

La historia de La Industrial también da cuenta del papel fundamental de la tecnología en el desarrollo industrial de la ciudad, de la altísima dependencia de los industriales quiteños en maquinarias e insumos provenientes del extranjero, de su incapacidad para integrar este aspecto en sus procesos, y finalmente de cómo ello fue un factor que impidió la competitividad internacional e incluso por el mercado interno. En los últimos años de historia de la fábrica, cuando era administrada por los mismos trabajadores, la incapacidad de inversión en tecnología fue determinante para disminuir la competitividad; los telares, de principios del siglo XX, continuaban produciendo telas de menos de un metro de ancho, cuando los mercados demandaban casi el doble.

Este poco control sobre la tecnología también fue en parte la causa de conflictos laborales, como el caso examinado en torno a la engomadora, que ocasionó una gran demanda. Si bien las pocas capacidades tecnológicas eran motivo de conflicto, en ningún momento (hasta donde se conoció) la introducción del proceso mecanizado originó respuestas de tipo ludista; no hubo en Quito, hasta donde se investigó, gente furiosa contra las máquinas. Más bien, el obrero industrial construyó su identidad (diferente de la del artesano) en relación con el proceso industrial, con la producción a gran escala; en ningún momento parecieron asociar las máquinas con el modo en que los

patronos administraban la fábrica; era el trato, y no el modo de producir, lo que ocasionaba resistencias.

El caso de La Industrial también permite aprehender, desde una perspectiva más íntima y cotidiana, la cultura obrera industrial, las relaciones al interior de la fábrica, los oficios, el sistema de ascensos, de ingreso a la industria, las fiestas, etc., lo cual aporta a la construcción de la historia de la cultura popular de la ciudad.⁶⁴

Finalmente, el caso de La Industrial ilustra, de modo general, diferentes pactos sociales y políticos que ocurrieron en la ciudad durante el siglo XX. En primer lugar, el pacto construido a partir de la formación de sindicatos y la ejecución de huelgas obreras desde la década de 1930, acontecimientos que resultaron fundamentales para configurar la historia política, social y económica de la ciudad, pues obligaron al Estado a mediar y reordenar las tradicionales relaciones laborales entre patronos y obreros.

En segundo lugar, la historia de la fábrica da cuenta del pacto social y político ocurrido a fines de la década de 1960, uno de carácter más populista, de un Estado más paternalista, que en el caso de La Industrial se materializa cuando la industria quiebra y, en lugar de ser subastada para recuperar las cuotas impagas a la Caja del Seguro, es entregada a sus trabajadores, protegiéndolos del desempleo; este pacto proteccionista y populista tuvo otra inapelable expresión cuando el Estado no reprimió la “Toma del Algodón”, en 1970, y por el contrario buscó una salida pacífica que no perjudicó a los trabajadores por haber robado material del Estado.

Finalmente, el violento cierre de las instalaciones en 1999, cuando el modelo de autogestión de los trabajadores había resultado un fracaso por su falta de competitividad, por su incapacidad de invertir y modernizar su tecnología, ilustra el pacto del neoliberalismo en el Ecuador, cuando el Estado no fue más un mediador de las luchas entre obreros e industriales, ni un protector a ultranza de la clase trabajadora. Cuando el Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social retomó el control del predio, el Estado se erigió ya no en un padre protector sino en un castigador de aquellos que no consiguieron insertarse en una lógica donde lo que prima, lo importante, es la producción, el mercado y el dinero, por encima de cualquier consideración social.

Es así que este estudio de caso puede ser visto como un aporte para la construcción de una historia más fina en varios campos, como el del desarrollo industrial del Ecuador de modo general, el del sector textil, el del

64. Para un examen detallado de la cultura popular quiteña véase Eduardo Kingman Garcés, *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*, Quito, Flacso-Ecuador/Universidad Rovira e Virgili, 2006.

movimiento obrero, el de la difusión de tecnología, el de la competitividad nacional, el de la cultura popular y la cultura obrera, el de los pactos sociales, entre otros.

Fecha de recepción: 4 de febrero de 2011

Fecha de aceptación: 26 de abril de 2011



BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Cruz, Blanca L., “La industria textil en el Ecuador. Décadas del 50-70” (inédito), tesis para la obtención del título de economista, Quito, Universidad Central del Ecuador, 1986.
- Alarcón Flores, Fausto, “La industria textil en el Ecuador: diagnóstico y perspectivas” (inédito), tesis para la obtención del título de economista, Quito, Universidad Central del Ecuador, 1984.
- Barahona Erazo, Raúl U., “La organización productiva y dominación, en la industria textil de la provincia de Pichincha” (inédito), tesis, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-Ecuador), Quito, 1983.
- Bélisle, Jean François, “Historia de la producción textil desde la Colonia hasta 1895” (inédito), basado en “Apropiémonos de nuestra historia”, en *Cuadernos de Educación*, Quito, Centro de Documentación e Información de los Movimientos Sociales del Ecuador (CEDIME), 1984.
- _____, “Las nuevas tendencias de industrialización y sus repercusiones en una situación concreta: el caso de la industria textil”, en *Cuadernos de la Realidad Económica*, vol. 2, 1987.
- _____, “La industria textil ecuatoriana: fases de crecimiento y origen de los empresarios”, ponencia presentada en el Simposio Internacional de Historia Económica (inédito), Buenos Aires, 26-29 de octubre de 1987.
- Borchart de Moreno, Christiana, *La Audiencia de Quito. Aspectos económicos y sociales (siglos XVI-XVIII)*, Quito, Banco Central del Ecuador (BCE)/Abya-Yala, 1998.
- Brines Tyrer, Robson, *Historia demográfica y económica de la Audiencia de Quito*, Quito, BCE, 1988.
- Bustos, Guillermo, “Notas sobre economía y sociedad en Quito y la Sierra centro-norte durante las primeras décadas del siglo XX”, en *Quitumbe*, No. 7, 1990.
- _____, “La politización del ‘problema obrero’. Los trabajadores quiteños entre la identidad ‘pueblo’ y la identidad ‘clase’ (1931-1934)”, en Simón Pachano, edit., *Antología. Ciudadanía e identidad*, Quito, Flacso-Ecuador, 2003.
- CEDIME, “La producción textil en el Ecuador”, en *Trabajo y Sociedad*, No. 1, agosto 1984.

- Cepeda Digard, y José Wilson, "La industria textil en el Ecuador" (inédito), tesis previa a la obtención del grado de Licenciado en Ciencias Económicas y Sociales, Quito, Escuela de Economía, Universidad Central del Ecuador, 1946.
- _____, *El Libro de la Ciudad de San Francisco de Quito hasta 1950-51*, Quito, Ediciones CEGAN, 1951.
- Coronel, Adriana Valeria, "A Revolution in Stages: Subaltern Politics, Nation-State Formation, and the Origins of Social Rights in Ecuador, 1834-1943" (inédito), tesis de Doctorado en Historia, New York University, 2011.
- Cuvi, Nicolás, "Los molinos del Censo", en Eduardo Kingman y Nicolás Cuvi, *El molino y los panaderos. Cultura popular e historia industrial de Quito*, Quito, Fonsal, 2009.
- Deler, Jean-Paul, "Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930", en Juan Manguashca, edit., *Historia y región en el Ecuador 1830-1930*, Quito, Corporación Editora Nacional/Flacso-Ecuador/CERLAC-York University/IFEA, 1994.
- Gómez Goyes, Doris, y Lidia Guanaluiza Hidalgo, "Factores limitantes para el desarrollo de la industria textil en el Ecuador, período 1983-1992" (inédito), tesis para la obtención del título de economista, Quito, Universidad Central del Ecuador, 1998.
- González A., José Luis, "Breves notas sobre la industria textil en el Ecuador", en *Boletín del Ministerio de Previsión Social, Trabajo, Agricultura e Industrias*, No. 4, mayo 1937.
- Ibarra, Hernán, "Los estudios sobre la historia de la clase trabajadora en el Ecuador", en *Ecuador Debate*, No. 72, 2007.
- Kingman Garcés, Eduardo, *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*, Quito, Flacso-Ecuador/Universidad Rovira e Virgili, 2006.
- Luna, Milton, "Los movimientos sociales de los treinta. El rol protagónico de la multitud", en *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, No. 6, 1989.
- _____, "La situación de la industria textil ecuatoriana hacia 1949", en *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, No. 6, 1989.
- _____, "Las trampas históricas de la industria ecuatoriana 1900-1930. Su frustrada constitución como clase", en Jorge Núñez Sánchez, edit., *Historia económica de América Latina*, Quito, Editora Nacional, 1992.
- Manguashca, Juan, y Liisa North, "Orígenes y Significado del velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972", en Rafael Quintero, edit., *La cuestión regional y el poder*, Quito, Corporación Editora Nacional/Flacso-Ecuador/York University-CERLAC, 1991.
- Milk, Richard, *Movimiento obrero ecuatoriano: el desafío de la integración*, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE)/Abya-Yala, 1997.
- Ortiz Crespo, Alfonso, y María Antonia Vásquez Hahn, "Investigación histórica general de los inmuebles denominados ex Fábrica La Victoria, ex Fábrica La Industrial y Sesquicentenario" (inédito), Quito, Corporación de Salud Ambiental de Quito, 2003.
- Pérez Sáinz, Juan Pablo, *Entre la fábrica y la ciudad*, Quito, El Conejo, 1986.
- Quintero, Rafael, y Erika Silva, *Ecuador: una nación en ciernes*, tomo II, Quito, Editorial Universitaria, 2001.

- Rueda Novoa, Rocío, *El obraje de San Joseph de Peguchi*, Quito, Taller de Estudios Históricos/Abya-Yala, 1988.
- Saint-Geours, Ives, “La Sierra centro y norte (1830-1925)”, en Juan Manguashca, edit., *Historia y región en el Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional/Flacso-Ecuador/York University-CERLAC/IFEA, 1994.
- _____, “Orígenes de la industria en el Ecuador. 1860-1914”, en *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, No. 9, 1994.
- Vásconez Espinosa, Francisco, “Importancia de la industria textil para la economía ecuatoriana y estudio de algunos principios de organización de la fábrica La Internacional” (inédito), tesis para la obtención del título de licenciado en Ciencias Económicas, Quito, Universidad Central del Ecuador, 1971.
- Ycaza, Patricio, *Historia del movimiento obrero ecuatoriano: de la influencia de la táctica de frente popular a las luchas del FUT*, vol. 2, Quito, CEDIME/CIUDAD, 1991.
- _____, *Historia laboral: crónica y debate*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995.

ANEXO

DECLARACIONES DE DANIEL LARCO, QUITIÑO DE 28 AÑOS, SOBRE SU TRABAJO COMO OBRERO TEXTIL

Terminada la Escuela, ingresé a la mecánica de mi tío [...] Deseoso de un mejoramiento me fui a la fábrica de tejidos La Victoria, del señor Nicanor Palacios, al puesto más bajo que es el de desmotador de algodón. Casi inmediatamente fuí ascendido a las Secciones Hilatura, Torcedora, Bobinadora, Madejadora, Empaquetadora de hilo, Pabilera, Carda, Píquer, Estiraje. Estudié detenidamente el ramo de Hilatura por 5 años, luego pasé a los Telares donde trabajé desde chicos hasta de doble ancho. En esta sección me quedé hasta perfeccionar el tejido que, como todos lo saben, es algo complicado.

Mi adelanto se lo debo al insigne e ilustre maestro señor don Manuel Serrano que, con su bondad característica, ha sacado contra maestros de talla [...] Atento a todas las instrucciones de mi maestro llegué a ser, después de algún tiempo, a Dios gracias, tejedor perfecto. En esta situación, cuando el señor Serrano desempeñaba justamente la Jefatura de Telares, se suscitó una vacante de Contra maestre; mi Jefe, reconociendo mi modesta preparación de diez años, tuvo la bondad de poner su mirada en mí y me ascendió a tan honroso y delicado cargo.

Estaba de Director de fábrica el señor don Félix Salcedo. En esta época hubo cierto distanciamiento entre este funcionario y los contra maestros señores Clemente Llano y Reinaldo Fonseca. En castigo por un acto de indisciplina fueron rebajados a tejedores mis dos buenos compañeros. El señor Serrano no se encontraba en ese entonces en la fábrica, por asuntos familiares. Desierto el puesto de Jefe de Telares y de ayudante, la Dirección de la fábrica me ordenó que me hiciera cargo de la Jefatura de 45 telares. Cumplí la orden, pero de una manera perentoria. Alrededor de este ascenso, personas conocidas como indeseables lanzaron serias calumnias contra

mí, manifestando que yo había “palanqueado” aquel puesto, cuando en el fondo de mi alma era hacer quedar bien a mi maestro haciendo ver a todos los obreros y no obreros que el señor Serrano sí sacaba buenos discípulos y de esa manera guardarle el puesto hasta que regresase. Prueba al canto: cuando el señor Serrano volvió al trabajo yo me retiré del cargo, dejando constancia de que él recibía todo como había dejado.

El cargo de Ayudante de Contraamaestre quedó vacante, por cuanto el señor Llano partió para Colombia, en compañía del señor Belisario Calisto. Me llamó el Gerente y me propuso el cargo; como se había separado un compañero mío acepté gustoso, sin que haya influido en mi ánimo un sentimiento de ensimismamiento ni de ambición. En este puesto, las mismas personas volvieron a la carga de calumnias haciendo circular rumores de que yo adulaba a la Gerencia para desplazar a mi maestro. ¡Cosa más perversa no he oído en mi vida! ¡Yo pretendiendo ponerme al nivel de mi venerable maestro, es algo que a mí mismo me extraña! ¡Cosas de nuestro ambiente, querido amigo mío!

Salí de La Victoria el 2 de mayo de 1934. El señor don Gonzalo Pérez, Director de Fábrica, me llamó a “La Industrial” ante las informaciones proporcionadas por mis compañeros acerca de mi modesta competencia. Aún en este tiempo varios compañeros míos habían creído que mi separación había resuelto en connivencia con el señor Salcedo que se había comprometido con el señor González Artigas. Cuando la verdad era que yo deseaba aspirar a situaciones mejores dentro del honrado profesionalismo, aprender, adelantar, ya que los telares de La Industrial eran más complicados, desconocidos por mí. En el terreno de la realidad me convencí de que no eran cosa mayor los telares llegados, ya que después de muy pocas semanas pude armar y desarmar toda clase de máquinas. Armé telares ingleses, americanos, ingleses de corona con un sistema muy distinto al que yo había conocido, aunque también me encontré con unos telares de baterías que yo los había manejado en La Victoria: era difícil encontrar un profesional que comprendiera el funcionamiento de estas máquinas automáticas antiguas.

Aquí me tiene, mi querido amigo, desempeñando sin bombos el cargo de contraamaestre de la fábrica de tejidos La Industrial, siempre listo a servir a cuantos acudan a mí en busca de los escasos conocimientos de que dispongo, ya que debo ser una consecuencia de mi maestro señor Serrano, a medida de mis débiles fuerzas, en el sentido de hacer el mayor bien a la humanidad.⁶⁵

65. “El señor Don Daniel Larco”. 1938. *Voz Obrera*, año 3, No. 103, p. 7 [AHBC].